

Puerto Rico Evangélico

"Las islas esperarán su ley." Isaías 42:4.

AÑO 4.

PONCE, PUERTO RICO, DICIEMBRE 10 DE 1915.

NUM. 11

Puerto Rico Evangélico

Organo oficial de las Iglesias Presbiteriana, Hermanos Unidos en Cristo, Congregacional, Bautista y Discípulos de Cristo

Sale a la luz los días 10 y 25 de cada mes.

Juan Rodríguez Cepero, Director.

Redactores:

Carlos Barrios Zapata, San Germán; José Santana, Ponce; T. M. Corson, Humacao; Daniel Echavarría, Loiza; Srta. Nora E. Siler, Bayamón.

Philo W. Drury, Administrador.

Suscripción:

En Estados Unidos, Cuba y México 50 ctvs. el año
En los demás países 75 ctvs. al año
Las suscripciones se pagarán por adelantado.

Administración y Redacción: Calle del Jobo 7.

La correspondencia relacionada con la redacción, dirijase al Director de Puerto Rico Evangélico, Apartado 537, Ponce, P. R.

La que tenga relación con la Administración, dirijase al Administrador de Puerto Rico Evangélico, Apartado 537, Ponce, P. R.

No se devuelven los originales, publíquense o no.

Son agentes de este periódico todos los pastores de las cinco denominaciones que cooperan en su publicación y otras personas nombradas por la Administración.

Las suscripciones pueden principiar el día primero de Enero, Abril, Julio, u Octubre.

Entered as second class-matter July 10, 1912, at the post office at Ponce, P. R., under the Act of March 3, 1879.

Editado por la "Compañía Tipográfica Puerto Rico Evangélico."

Sección Editorial

Del Enemigo el Elogio.

Por la cortesía de varios amigos ha llegado a nuestra mesa de redacción una hojita de *El Mensajero*, suplemento dominical de la revista *Borinquen*, correspondiente al 21 de Noviembre próximo pasado.

Agradecemos la cortesía de los amigos y hermanos al mandarnos la referida hojita, y más aún agradecemos las *puyitas* que *Borin-*

quen, por conducto de su *chiquitín*, nos prodiga.

La censura de esa índole, escondida y sin datos que la justifiquen para que el público pueda juzgar de quien tiene razón, no tiene importancia alguna; es una cosa puramente *católica*, es privativa de curas que no tienen con que argumentar y lanzan al aire burbujitas de soberbia que se escapan de sus apretadas mandíbulas. Esas burbujitas son el carbono de la ira que fermenta en el corazón. Si PUERTO RICO EVANGÉLICO, desde que está a cargo de este director (que es desde cuando disgusta a *Borinquen*) ha dicho algo que se relacione con la política de Roma o contra su sistema, o contra sus prácticas, o contra sus doctrinas, QUE NO SEA CIERTO, señálelo inmediatamente el colega, para que el público sensato juzgue de nuestra conducta y nos aplique el correctivo. Decir que atacamos, que insultamos a personas, que nos parecemos a Lutero, que no somos *reverendos* (?) y otras vaciedades del estilo, sin decir cómo, cuándo, en dónde, y POR QUÉ atacamos, es hacer el triste papel de esos muchachitos llorones que gritan y patean cuando las cosas no van a su gusto, cuando no les permiten realizar sus caprichos, o cuando ponen coto a sus desmanes. Si calumniamos, lo lógico, lo natural, es probar que lo que dice PUERTO RICO EVANGÉLICO no es cierto y quedará ganada la campaña; pero comprendemos que eso es precisamente lo imposible para *Borinquen* y por ello recurre a su viejo sistema de *excomuniones* resultando así que sus censuras se convierten en nuestra mejor apología.

En verdad que *puyitas* de *Borinquen* nos estimulan, porque comprendemos que cuando él se queja de PUERTO RICO EVANGÉLICO es porque éste cada quincena le saca una muela, y la operación es dolorosa y el grito natural. PUERTO RICO EVANGÉLICO está cumpliendo perfectamente su cometido, y la mejor prue-

Jesús y la Biblia.

Por Abelardo M. Díaz.

Roosevelt, en un discurso que pronunció acerca de la necesidad y preeminencia de la educación religiosa, dijo:

«Lincoln (aquel varón melancólico, paciente y bondadoso, quien después de llevar sobre sus fatigados hombros durante cuatro años una carga más abrumadora que la sostenida por ningún otro hombre del siglo XIX, dió con resignación su vida por el pueblo al que vivo tan bien sirvió) tuvo por única lectura, en su juventud, el Nuevo Testamento. Lo conocía no como un erudito, sino, más profundamente como un creyente. Según él solía decir, los únicos tres libros que leyó verdaderamente con amor en el curso de su existencia, fueron la Biblia, Shakespeare y Las Vidas Paralelas de Plutarco Pero su frase favorita acerca de esto era: *“Yo soy hombre de un solo libro, y éste es la Biblia.”*»

Pero muchos siglos antes de nacer Lincoln apareció, en la tierra sagrada de la Palestina, un personaje divino lleno de misterio, de poder y amor, del cual personaje Lincoln fué un admirable imitador y Roosevelt es un elocuente panegerista, Jesús de Nazaret, quien, mejor que Lincoln, merece ser llamado hombre de un solo libro: *el hombre de la Biblia.*

La Biblia es el libro por excelencia del pueblo hebreo y del protestantismo, pero ante todo es el libro de Jesucristo, la corona del pueblo hebreo y el héroe inmortal y supremo del protestantismo.

La Biblia fué el primer libro y el último que Jesús leyó. La Biblia fué el primer libro de que oyó hablar sentado en las rodillas de su amorosa madre, y también fué el primer libro que el rabino de Nazaret puso en sus graciosas manecitas al ingresar, cuando sólo contaba cinco o seis años de edad, en la escuela de la sinagoga, donde fué su libro de texto por espacio de cinco años. La Biblia fué el arma invencible que esgrimió en el desierto de la tentación, y la Biblia fué el libro que comentó tan elocuentemente en el inmortal sermón de la montaña.

Cuando Jesús iba a predicar en las sinagogas, era la Biblia el libro que leía y explicaba, cuando se hallaba en el campo candente de la discusión, era la Biblia la autoridad que citaba y el arma poderosa con que reducía al más vergonzoso silencio a sus astutos adversarios. Cuando se dirigía, por última vez, a Jerusalén, la metrópoli del judaísmo, las profecías de la Biblia llenaban su mente; y cuando penetró en el templo profanado, recriminó a sus avaros profanadores con un texto de la Biblia. Cuando tomaba la última cena en unión de sus queridos apóstoles, su pensamiento se fijaba en una siniestra profecía de la Biblia referente al hijo de perdición. Y seguramente que cuando llegó la hora negra del Getsemaní, la cruel noche de las acusaciones y de las calumnias, la mañana fatal de su presentación ante el vacilante gobernador romano, del rechazamiento injusto del pueblo que amaba tanto, de su marcha trágica al Calvario y de la horripilante escena en el montículo del Gólgota, Jesús estaría recordando, meditando y ejemplificando el maravilloso capítulo 53 del libro de Isaías, el «profeta evangélico.»

La Biblia fué el libro amado que acompañó a Jesús desde los risueños días de su infancia en Nazaret hasta las horas sombrías y sangrientas de la consumación de su gloriosa vida en la deicida Jerusalén. La Biblia fué el primer maestro que tuvo en su niñez y el constante compañero durante su fecundo ministerio, el sabio mago que le mostraba los secretos del porvenir y el amigo invisible que consolaría a su atribulado espíritu cuando se vió entregado por su propio pueblo, azotado por los indiferentes romanos, vendido por el avariento Júdas, negado por Pedro y abandonado por todos los suyos.

La Biblia era el libro que él conocía a fondo; el libro que leía en público y en privado; el libro que citaba en todas partes, unas veces delante de las muchedumbres sencillas de Galilea y otras delante de los sabios rabinos de Jerusalén, ora desde los púlpitos de las si-

nagogas, ora desde los amplios pórticos del suntuoso templo de Herodes, ya a las orillas del sereno lago, ya en la elevada cumbre de la montaña, en las tristes soledades del desierto y en medio del bullicio de las ciudades.

Jesús ha sido el único ser capaz de interpretar infaliblemente las Sagradas Escrituras, porque él es el héroe de la Biblia, profetizado en el Antiguo Testamento y biografiado en el Nuevo. Él es el símbolo de la realidad, la profecía y el cumplimiento. Siendo la Biblia el libro más variado, es Jesús quien le da su portentosa unidad; siendo la Biblia el libro típico del pueblo hebreo, es Jesús quien lo ha hecho el libro de toda la humanidad; siendo la Biblia un libro de los tiempos pasados, es Jesús quien lo ha transformado en el libro del presente y del futuro; siendo la Biblia un libro escrito por hombres para hombres, es Jesús quien lo ha convertido en la amorosa carta del Padre, que está en los cielos, a sus hijos extraviados, que están en la tierra.

No es la Biblia la que produjo a Jesús; es Jesús quien produjo a la Biblia. La Biblia sin Jesús no hubiera sido más que el libro de los hebreos, pero con Jesús ha llegado a ser el libro de todos los pueblos.

La Biblia es una brújula, y Jesús es la estrella polar que ella señala.

La Biblia es un marco de oro, y Jesús es el cuadro resplandeciente que encierra.

La Biblia es un precioso estuche, y Jesús es el diamante hermosísimo que contiene.

La Biblia es una flor, y Jesús es el aroma embriagador que emana, perfumando el ambiente doméstico y social.

La Biblia es un espejo, y Jesús es la luz que él recibe y refleja.

La Biblia es un arpa, y Jesús es el artista que la toca, arrancando de sus vibrantes cuerdas inagotables raudales de armonías, que llevan el embeleso a las almas y el consuelo a los corazones.

La Biblia es como el cuerpo, y Jesús es el espíritu que lo anima.

La Biblia es como una locomotora, y Jesús es el vapor que la pone en movimiento rápido y seguro.

La Biblia es la cuna, y Jesús el niño que juega, duerme y sueña dentro de ella.

La Biblia es la palabra, el símbolo; Jesús,

la idea que expresa la palabra, la realidad que tipifica el símbolo.

La Biblia es el nido, y Jesús el águila, la reina de las aves que, saliendo de él, se remonta alto, muy alto por encima del mundo de los hombres, rozando con sus potentes alas la infinita bóveda de los cielos, anegándose en el insondable océano de la luz que procede del sol de las almas: Dios, que es su padre y nuestro padre.

Jesús y la Biblia se llaman la Palabra de Dios. La Biblia es la palabra escrita; y Jesús, la palabra viviente, el Verbo hecho carne. Él es, pues, la verdadera Biblia, la palabra espiritual de Dios, el pensamiento y el amor encarnado de su Padre. Jesús es la Palabra de Dios que no necesita traducirse a ningún idioma, porque él habla el idioma que entienden todos los pueblos de todos los tiempos: el lenguaje luminoso, convincente y conmovedor del amor y de la santidad.

Jesús es en verdad, el hombre de un solo libro, es decir, el hombre de la Biblia, la cual fué el libro de toda su vida, el libro de su idolatrada y bendita madre, el libro de su santo precursor, el libro de sus humildes apóstoles, el libro del erudito San Pablo, el libro de su amada iglesia, el libro tan traducido, difundido, comentado, predicado, defendido, venerado y acatado por los cristianos evangélicos, que el vulgo llama protestantes.

La Biblia, el libro del niño Jesús, es el mejor libro de la infancia; la Biblia, el libro del joven carpintero de Nazaret, es el mejor compañero y guía de la juventud moderna; la Biblia, el libro del Redentor del mundo, es el más sabio colaborador y el inspirador más fecundo de los hombres de buena voluntad y elevados ideales que aspiran noblemente a constituir hogares modelos, a regir con acierto los destinos del pueblo, a educar con amor a la niñez que se levanta y a laborar como los reformadores y redentores de la sociedad de hoy y de la sociedad de mañana.



En Contra del Pecado.

Por José Espada Marrero.

Pecado es desconformidad con la ley de Dios, todo lo que se opone al bien, y lo que causa malestar moral en el individuo y en la sociedad, así como el hecho que no tiende a